

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

NOTAS DISPERSAS

AFLICCIÓN

Estoy de duelo: Murió César, no sólo mi amigo, sino mi padrino en Alcohólicos Anónimos. Era nacido en Guatemala, antropólogo, y más que eso, era un filósofo, un filósofo antiguo del buen vivir, como Epicteto, Séneca o Marco Aurelio, que había alcanzado y transmitía la asombrosa serenidad que debe conquistar quien se ha rehabilitado de veras de alguna adicción esclavizante. Fuimos compañeros e interlocutores incansables, como han de ser los buenos amigos; hicimos juntos un viaje a Morelia, de noche, en tren, cuando todavía la caótica ineptitud política que padecemos no acababa con ése, el más gentil de los medios de transporte. César era un hombre muy bueno, y con eso digo, creo, lo más alto que se puede decir de persona alguna.

DE ELEMENTAL CORTESÍA

Varón de mediana edad, de oficio conocido, viaja en un automóvil con dama de mediana edad, profesionista, y por hacer plática le dice:

—Mira, ya están floreciendo las jacarandas.

Supongamos que la mujer respondiera:

—Nunca me han interesado las flores y menos las que crecen en los árboles.

La pregunta es: ¿Estaría esta señora siendo descortés con este señor? Cordial no es, desde luego, pero ¿es descortés? Observemos que la dama está sólo siendo sincera, veraz. Lo que es una virtud. Bien que también se muestra áspera. Confesemos que a menudo la franqueza es así, áspera. ¿Hay descortesía en la franqueza, en la aspereza? No, pero hay un cierto derecho a la franqueza: la declaración de la dama no tiene el mismo sentido si la pareja acaba de conocerse en un avión y comparten taxi a la ciudad (en este caso, hay descortesía en la respuesta de la señora), que si son marido y mujer desde hace veinte años (en este caso no hay descortesía).

¿Entonces? Los límites no están bien dibujados aquí. Las reglas de cortesía son aptas para cubrirnos y desaparecer a las miradas. James Joyce, por ejemplo, que era en extremo reservado, era también muy cortés, se ocultaba en el protocolo.

La dama del coche se exhibe, ostenta su predilección. El punto de descortesía yace en que la dama faltó a las reglas de la conversación. No se estaba hablando de las flores en general, ni, por supuesto, se estaba requiriendo su opinión acerca de lo que no se estaba hablando y, sin embargo, ella abruptamente emitió su íntimo parecer. El

señor enunció simplemente que cierto árbol estaba floreciendo. Es decir: estaba hablando del tiempo, de la sazón de las cosas. Y por ese carril debió haber ido la conversación.

Ahora generalicemos. La conversación, como mostró el refinado Paul Grice en memorables *Papers*, tiene reglas tan sutiles que pasan sin ser vistas. Y estas mismas reglas, más fáciles de localizar y explicitar en el habla que en el trato, se aplican a la cortesía.

SOMBRERO

“He comprado algo además: un sombrero americano, gris, exactamente igual al que lleva Gilbert Roland en *Margarita Gautier*”, se regocija Luis Cernuda, un dandi en el vestir.

Ah, los placeres y ensueños del avión. Lamento la extinción del sombrero en el guardarropa. Alcancé el tiempo de los sombreros, no llegué a usarlos, pero sí a verlos en la calle y en las películas sin ninguna extrañeza, como lo normal y adecuado. El sombrero permitía formas de cortesía, y aun de galantería, que se han ido de entre nosotros.

MIRAMIENTO

Matizar, aceptar lo trágico sin buscar culpables, son prendas muy altas de lo civilizado. Frente a esto se alza el bárbaro placer de hallar culpables, la orgía delirante del chivo expiatorio en que se complacen los mediocres. —

—HUGO HIRIART

CARTA DESDE EL CAIRO EL MAR DE VELOS

Con esta carta desde El Cairo, inauguramos una serie de Antonio Navalón sobre el mundo contemporáneo y sus desafíos. Se trata de una suerte de correspondencia itinerante desde algunas de las ciudades —y, por extensión, países— en que se está dibujando el mapa del futuro. Al final del recorrido tendremos una bitácora de los problemas del mundo y su inevitable interrelación. Escritos siempre desde el lugar de los hechos, los textos conjugarán el análisis político con la crónica. La interpretación con la vivencia.—

— ENRIQUE KRAUZE

Es domingo 22 de abril del año 2007, Ciudad 6 de Octubre, en las afueras de El Cairo, justo frente a la Gran Pirámide de Jafra (*Kefrén* en griego), que desde donde me encuentro, a la distancia y por su ubicación, parece más alta que la de su padre, Keops.

En la zona turística, a la entrada de las decenas de hoteles que reciben a los interesados en acercarse durante algunos días a esta cultura mítica, los sistemas de seguridad e identificación son complejos e incluso pueden resultar intimidantes: hay un guardia armado frente a cada hotel o autobús turístico con la intención de prever algún atentado.

El Egipto de historia fascinante y arquitectura magnífica, que cada año atrae a millones de turistas, enfrenta una encrucijada que muestra mejor que ningún otro las grandes contradicciones y problemas del mundo frente al Oriente Medio y el islamismo exacerbado.

El Egipto moderno nació en 1952, cuando Gamal Abdel Nasser, militar izquierdista y laico, encabezó el golpe de Estado que derrocaría a la monarquía del rey Farouq. La toma de poder fue avalada en un principio por la Hermandad Musulmana, fundada en 1928 y considerada el movimiento islámico más importante del último siglo.

La frágil alianza naufragó pronto. El

objetivo de la Fraternidad era establecer un gobierno religioso y expandirlo a todos los rincones de la tierra, mientras que Nasser impuso un gobierno nacionalista y laico, disolvió los partidos políticos y fundó una nueva república.

En 1956, la nacionalización del Canal de Suez permitió a este político convertirse en un líder para la región, capaz de tomar iniciativas en defensa de los herederos de Mahoma e impulsar un proyecto de unidad con Siria, que dos años después permitió el nacimiento de la República Árabe Unida (RAU).

Pero el sueño del panarabismo se resquebrajó un día de septiembre de 1970, cuando inesperadamente el corazón de Nasser estalló en mil pedazos y murió de un infarto. Entonces el elegante Anwar Al Sadat, ministro de defensa y vicepresidente en turno, asumió el poder y Egipto giró hacia Occidente.

Un año después la RAU se convirtió en República Árabe de Egipto y Al Sadat progresivamente abandonó el panarabismo y la filosofía socialista de su predecesor. Los pueblos árabes no volverían a concebirse como uno solo.

Luego de haber liderado en 1973 la Guerra del Yom Kipur, Al Sadat fue el primer gobernante árabe en reconocer a Israel como Estado, terminando con tres décadas de violencia y granjeándose la simpatía de Estados Unidos, que de 1975 a 2002 le entregó veinticinco mil millones de dólares como asistencia para el desarrollo.

En la arena doméstica, sin embargo, esta política fue considerada una traición, lo que recrudeció la oposición a su régimen. Egipto había roto definitivamente el *statu quo* entre los militares nacionalistas y la Hermandad Musulmana, que pasó a la militancia extrema.

La mañana del 6 de octubre de 1981, la mirada de Anwar Al Sadat se perdía en el infinito mientras un capitán miembro de la Hermandad lo ametrallaba. Así llegó al poder Hosni Mubarak, en ese momento vicepresidente, que también era ministro de defensa, militar, socialista y laico. Por entonces era

imposible imaginar que el islam —en su manifestación más extrema—, sería la señal de identidad en la construcción de un nuevo mundo mediante la violencia.

Las naciones árabes, por su disciplina frente a las políticas impuestas por sus aliados occidentales a cambio de apoyos económicos para contener el avance de los movimientos extremistas, aunque “etiquetados” como apoyo a las reformas democráticas y cooperación para el desarrollo, ahora deben encarar el desafío que implica la nueva realidad del fanatismo religioso. Estados nacidos laicos, como Turquía, han tenido que sortear la lucha por el poder entre el islamismo de su Parlamento —que recientemente ha vivido jornadas difíciles, ante la posibilidad de proponer a un candidato presidencial de abierta filiación islámica— y la amenaza laica de su ejército.

En el caso de Egipto, cuya estabilidad es vital para la región por su ubicación estratégica tanto desde el punto de vista geográfico como político, la Hermandad Musulmana —proscrita por Nasser en 1954, pero tolerada a la fecha— es la fuerza opositora principal y mejor organizada, con casi una quinta parte de los escaños parlamentarios.

Volviendo a Ciudad 6 de Octubre: fue construida en homenaje a la Guerra de Yom Kipur, la única victoria militar que ha tenido este país frente a Israel. Es aquí donde este 22 de abril comienza la conferencia a la que asisto, Primera Conferencia Internacional de las Nuevas Tecnologías Aplicadas a la Educación Preparatoria. Entre los más de mil asistentes, hay al menos doscientas mujeres, 99 por ciento de ellas con la cabeza cubierta. Es un acto oficial del gobierno que, desde hace veinticinco años, encabeza Mubarak, y por oficial, laico. En el estrado hay tres ministros de gobierno y las asistentes —doctoras, subsecretarias y altas funcionarias de esta república que nació bajo la doctrina panárabe y socialista— llevan velo: todas llevan velo.

La revolución nasseriana murió con Nasser. La República Árabe Unida fue

un breve sueño, y el laicismo paulatinamente ha perdido terreno frente al mar de velos que inunda Egipto. El mundo occidental parece no querer ver. Los ojos y las lentes fotográficas de los turistas ansiosos de conocimiento y cultura milenaria se limitan a admirar piedras y monumentos del pasado y, tal vez considerándolo como parte del color local, pasan sin percibir: no pueden captar lo que está pasando.

Y lo que está pasando no es sólo que en cada hotel, museo o zona arqueológica y en cada autobús necesiten de un guardia para su resguardo ante la posibilidad de un atentado terrorista —amparado el gobierno en una Ley de Emergencia que data de 1981, hace la friolera de veintiséis años, y pronto a ser sustituida por una ley antiterrorismo, que limitará aún más las libertades y los derechos humanos—, sino que en todas las calles de El Cairo, en cuyo cinturón urbano se concentran al menos diecisiete millones de habitantes, el panorama está trazado por policías y velos. Las nietas y bisnietas de la Revolución llevan el *biyab* (el velo islámico) o el *niqab* (el velo negro que las cubre en su totalidad), frente a sus abuelas, precursoras de uno de los movimientos feministas más significativos de Oriente Medio. Sorprende ver a tantas mujeres adoptar este islamismo, cuyas tradiciones parecen discriminarlas y donde, pese a los movimientos en pro de la igualdad, sólo ocupan el 2,5 por ciento de los cargos políticos incluso si representan el 53 por ciento de la población. Cabe mencionar que recientemente fueron elegidas treinta juezas que aún no pueden tomar posesión en virtud de su género.

La explosión demográfica (tres niños por mujer), la emigración masculina (Egipto ha sido históricamente expulsor de mano de obra barata) y la necesidad de aportar dinero a la familia ha permitido a las mujeres acceder a la educación universitaria e insertarse en el campo laboral. Sin embargo, eso no ha impedido que sigan los dictados de la *Sharia*, ley canónica del islam, que según la Constitución es la fuente de derecho más importante.

Hace treinta años, en El Cairo no se veía más que un cinco por ciento de mujeres con la cabeza cubierta; hace quince, cuando Egipto iniciaba un amplio programa de estabilización económica, privatizaciones y expansión comercial, si acaso tres por ciento se cubriría. Hoy, cuando la gente recorre las calles de la ciudad más grande y cosmopolita de África y Medio Oriente, en medio del ruido provocado por miles de cláxones en el peor tráfico del mundo —exceptuando el de Bangkok—, hay un factor que distingue notoriamente a este Cairo del de 1977: los velos.

Lo inundan todo... es tan imposible saber el color del pelo de las mujeres como saber si el peligro del fanatismo religioso sólo está en los atentados terroristas.

Por supuesto, no hay una bomba lista para explotar detrás de toda mujer cubierta: el uso del velo es voluntario y producto de una decisión religiosa personal, o de una imposición familiar y social. Sin embargo, aprovechando el desconocimiento y el miedo de Occidente, los movimientos integristas pueden agazaparse en la fe —como lo han hecho durante miles de años todos los fanatismos, sea en nombre de una cruz, una media luna o una estrella— y capitalizar su movimiento.

El problema no es que cuando cae la tarde y el muecín llama a oración los cláxones dejan de sonar, los teléfonos se interrumpen y el silencio lo inunda todo. ¿Dónde yace, entonces, el verdadero terror? Egipto, con ochenta millones de habitantes, 34 por ciento de los cuales tiene menos de catorce años, está enfrentando una segunda generación de peligros.

La primera, en la que estamos todos concentrados, son los actos de violencia, en que el mundo entero está expuesto a que cualquier mañana un

joven enganche en una mochila una bomba, pese a los 425,000 millones de dólares que desde el 2001 el Congreso de Estados Unidos ha designado para actividades antiterroristas. El segundo peligro está en el entramado social que se fue gestando en los extremismos religiosos que desde los ochenta y que, con el conocimiento de Arabia Saudita, sostenidamente han ganado terreno y a los que ha sido imposible detener con el dinero pagado con el miedo de Occidente: mil trescientos millones de dólares anuales como asistencia militar luego de los ataques del 11 de septiembre de 2001; desde 2003, además, la ayuda estadounidense ha canalizado otros quinientos millones anuales a través de USAID a la reforma política, económica y de proyectos educativos, culturales y sociales a través de su Iniciativa de la Asociación de Oriente Medio, con la esperanza de frenar la barbarie religiosa. A esto habría que anar los 558 millones de euros aprobados por la UE para reformas políticas y sociales.



Una calle en El Cairo.

A los terroristas de Al Qaeda seguramente algún día, en algún lugar, se los podrá vencer. Pero ¿quién detendrá este circuito de islamización, miedo, prevención o defensa, y consecuente violencia?

La gran cuestión es plantearse dónde se interrumpe la espiral de las verdades religiosas absolutas que, por un lado, genera que unos ejércitos –los de Occidente– denominen sus campañas contra los terroristas “Justicia Duradera” y, por otro, que aquella parte del mundo que ha conseguido colocarse como el líder de los cambios mundiales esté regida por una minoría que propugna el camino de la violencia, denominando siempre a los que no son árabes y musulmanes como “los infieles”.

De nuevo volvemos al viejo principio de Bertold Brecht “... una cosa es ver y otra mirar, una hacer y otra hablar por hablar...” –

– ANTONIO NAVALÓN

LITERATURA VISIONARIA MUERTE POR AGUA

El que Julio Verne, el gran optimista, el apologista del conocimiento científico y del desarrollo tecnológico, el anunciador de algunas de las grandes aventuras del siglo XX y creador de muchos de los mitos y sueños del hombre contemporáneo, haya escrito al final de sus días una pequeña novela pesimista que supera nuestras actuales previsiones causadas por el sobrecalentamiento global con el hundimiento debajo de las aguas de todos los continentes y el consecuente fin de la actual civilización, no deja de ser simbólico y revelador.

El eterno Adán, publicada en 1905, año de la muerte del autor de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, narra el descubrimiento, por un sabio de una civilización futura, de un manuscrito fechado en un año desconocido del segundo milenio de nuestra era. Probablemente sea el siglo XXI, a juzgar por el testimonio del que lo escribe: uno de los nueve sobrevivientes de la gran hecatombe, naufrago en un nuevo y único continente situado en medio del océano, resultado de la reaparición de la Atlántida. El manuscrito comienza en Rosario, Sinaloa, y uno de los sobrevivientes es un cientí-

fico mexicano, el doctor Moreno, cuyos conocimientos, unidos a los de los otros sabios, no salvan a los descendientes de los naufragos de una posterior involución que los llevará a perder todo rasgo de cultura y civilización, incluidos el vestido, la escritura, los sentimientos humanos y prácticamente el lenguaje.

En el centro de la novela está la doctrina del eterno retorno: un eterno Adán en oposición de la teoría darwinista de la evolución de las especies. Según la novela, el hombre alcanza un grado de civilización y se precipita en la barbarie para salir y entrar en ella innumerables veces. Es un caso aparte entre las especies vegetales y animales que sí evolucionan, aunque para Verne, lamarckianamente y no darwinianamente. El hombre siempre es humano, si bien en diferentes grados y se despeña cuando cree que ya ha llegado al pleno dominio de la naturaleza. Tanto el sabio futuro, descubridor del manuscrito, como los ejemplares hombres de conocimiento y acción sobrevivientes a la inundación y el afloramiento del continente atlántico creen en un progreso incesante y benéfico al que la naturaleza se encarga de desmentir. ¿Qué es lo que hizo que Verne terminara su saga con esta novela antítesis de todo su ciclo y sobre todo de la última publicada en su vida: *La isla misteriosa*? ¿Quiso salvar al hombre de descender de los simios aun hundiéndolo en el eterno retorno? No lo sé. En todo caso los protagonistas de *El eterno Adán*, siendo los mismos héroes positivos de todas las novelas de Verne, enfrentan, si bien con estoicismo, un inevitable fracaso, más radical que el del capitán Nemo (“Muero de haber creído que se podía vivir solo”, dice en *La isla misteriosa*). Juntos, como los héroes del *Robinson suizo* de Wyss –que a Verne le sirvió desde su infancia de ejemplo, y que estimaba más que al de Defoe, justamente por tratar de un Robinson colectivo–, y pese a encarnar la cúspide de la voluntad y del conocimiento humanos, no logran rehacer la cultura y la civilización. Tal parece que al final de sus días a Julio Verne se le impone otra de sus admiraciones: Edgar Allan Poe y

sus *Aventuras de Artur Gordon Pym*.

La conversación de sobremesa, con la que comienza el manuscrito y a la que pone brusco fin el hundimiento continental, es paradigmática: sólo el doctor Mendoza, juez de la ciudad sinaloense de Rosario, se atreve a postular el fin de la línea ascendente del hombre al suponer, ante las risas de científicos y hombres de acción, la posibilidad de un fin simultáneo de la corteza terrestre. Para sus interlocutores, el perfeccionamiento de la humanidad está garantizado por la difusión de la cultura occidental y del desarrollo científico por todo el globo terráqueo, y ven próxima la conquista y colonización del sistema solar. Al surgir la amenaza de las aguas del mar, el anónimo redactor del manuscrito, pese a su anterior refutación de la teoría del aniquilamiento de la especie, responde positivamente: “Sin embargo, no tardé mucho en recuperar la sangre fría. La verdadera superioridad del hombre no está en dominar, en vencer a la naturaleza; está, para el pensador, en comprender, en contener al universo en el microcosmos de su cerebro; está, para el hombre de acción, en mantener el ánimo sereno ante la rebelión de la materia; está en decirse: ‘Destruirme, ¡sea! Emocionarme nunca.’” Al final de su relato, el mismo personaje verniano se emociona, aunque sin abandonar del todo su estoicismo: “... Pero con ellos, con nosotros, esos rasgos imprecisos de los hombres que fuimos –pues, en verdad ya no los somos– van a perderse para siempre. Aquellos que vengan, nacidos aquí, no tendrán conocimiento alguno de otra existencia. La humanidad se reducirá a estos adultos –los tengo ante mí mientras escribo esto– que no saben leer ni contar, y que apenas saben hablar; a estos niños de afilados dientes, que parecen no ser otra cosa sino vientres insaciables.” ¿Una premonición, otra más del visionario genial, de una obra del género fundado por Defoe? O una todavía más terrible: ¿la de un próximo cataclismo, esta vez fruto no de la naturaleza, sino de la mano del hombre? –

– ANTONIO DELTORO

POLÍTICA INTERNACIONAL

LAS PARADOJAS DE YELTSIN

En 1995, cuando Boris Yeltsin había gobernado por cuatro años el país que había surgido de las ruinas de la Unión Soviética, la prensa moscovita recogió la declaración de un alto funcionario chino que sería un epitafio perfecto para el entonces presidente ruso: “Si deseas que tu más acervo enemigo viva en el peor de los mundos posibles, pide que lo toque vivir en una era de reformas.”

Vivir en una época de cambio fue, en efecto, el gran desafío que Boris Yeltsin tuvo que enfrentar. A diferencia de los chinos, inmersos también en esos años en un profundo proceso de reforma, el presidente ruso no tenía otra opción. No había *statu quo* al que aferrarse, porque el orden del pasado había desaparecido junto con la Unión Soviética. Su antecesor, Mijaíl Gorbachov, había intentado una transformación radical que había derivado en el caos económico y político. La famosa *Perestroika*, una reforma por etapas, había destruido algunos de los mecanismos del sistema de planificación central legado del estalinismo, pero no pudo construir nada nuevo en su lugar. Para empezar porque la economía soviética era como un inmenso reloj mal aceitado cuyos engranajes dependían estrechamente unos de los otros: alterar el funcionamiento de cualquiera de las piezas paralizaba todo el sistema. Y para terminar porque Gorbachov eligió empezar la modernización económica por la planta industrial en lugar de optar, como los chinos, por el campo.

Para 1991, cuando Gorbachov se quedó sin país que gobernar y Yeltsin asumió el poder en la Federación Rusa, el caos económico del país era abismal. La *Perestroika* había convertido la economía de la escasez soviética en la economía del desabastecimiento. Muchas empresas habían recurrido al trueque para obtener insumos, la pro-

ductividad había caído en picada y el nuevo gobierno encontró las arcas prácticamente vacías. Basta citar algunas cifras de 1992 —y compararlas con las actuales—, para tener al menos un atisbo del estado económico del país que Yeltsin prometió modernizar en unos cuantos años. En 1992, el PNB ruso era de menos de noventa mil millones de dólares, y en 2006 estaba cerca de un billón de dólares. En el mismo período, las reservas pasaron de apenas sesenta millones de dólares a trescientos mil millones.

En el ámbito político, los problemas no eran menores: la devolución de poder a las regiones, una consecuencia natural del caos, amenazaba ahora con desmembrar a Rusia; los partidos liberales y reformistas que apoyaban a Yeltsin eran aún débiles, y la *nomenklatura* soviética —la vieja burocracia— había conservado intacto su poder. El nuevo gobierno tenía que partir de cero para sentar los cimientos de una democracia plena.

Los desafíos que representaba la Rusia de principios de los noventa habrían sido un reto difícilísimo incluso para un gobernante preparado, inteligente, carismático, audaz, y con un clarísimo proyecto de país. Resultaron un reto imposible para Boris Yeltsin, que tenía en su arsenal tan sólo dos de esas virtudes: carisma y valentía. A pesar de la buena voluntad de los liberales que encabezaron la reforma, ésta se convirtió en un proceso desordenado e incompleto: Yeltsin nunca colocó los cimientos de una modernización eficaz.

Para 1998, las empresas estatales habían sido subastadas a precios irrisorios, lo que dio lugar al surgimiento de un pequeño grupo de empresarios riquísimos, corruptos y con enorme poder político. No existía en Rusia siquiera un sistema bancario moderno ni un cuerpo legal que enmarcara el funcionamiento económico, ni tampoco una comunicación fluida que armonizara el trabajo de los distintos ministerios y oficinas de gobierno. La culminación natural de ese cambio a tropezones fue la crisis financiera de agosto. Sus efectos podrían compararse con los de la Depresión de

finales de los veinte en Estados Unidos. La producción industrial bajó aceleradamente: tan sólo en septiembre, disminuyó un 14.5 por ciento; la agrícola cayó en picada —la cosecha de granos de ese año fue la peor en medio siglo—; los bancos dejaron de funcionar como tales y el valor del rublo se desplomó. La carestía sentó sus reales: en agosto Rusia importaba 48 por ciento de los productos que consumía. Para septiembre, las importaciones habían descendido casi un veinte por ciento. Los anaqueles de las tiendas moscovitas ofrecían tan sólo dos productos en abundancia: vodka y caviar.

A los errores económicos, se sumaron los políticos. Yeltsin estableció un régimen centrado en su persona: se distanció de los partidos reformistas, que cargaban el peso del fracaso de la reforma económica, debilitándolos definitivamente. Él, que había propiciado la desaparición de la URSS para deshacerse de Gorbachov, recurrió a la violencia para evitar la fragmentación de Rusia. En 1994, emprendió una guerra sangrienta contra el movimiento separatista checheno, que se prolongó hasta el final de su segundo período de gobierno en el año 2000. Toleró una corrupción tan extendida que los rusos decían en broma que el *Manual del empresario* en su país era el Código Penal, y acabó apoyándose en los “barones rojos”, que se habían enriquecido gracias a sus políticas, para ganar la elección presidencial de 1996. Estuvo a punto de perderla a manos del candidato del Partido Comunista, que arrastró a un alto porcentaje de votantes. Su única promesa debe haber tenido un especial atractivo a mediados de los noventa: proponía volver al pasado.

Sin embargo, Boris Yeltsin tenía todavía un mérito indudable en su haber político. Contra viento y marea, respetó y defendió siempre las libertades democráticas en Rusia. Durante la década que gobernó al país florecieron periódicos, revistas, estaciones de radio y televisoras, donde privaba una libertad de expresión sin cortapisas. Partidos, organizaciones y líderes tuvie-



Boris Yeltsin el día del golpe de Estado.

ron la misma libertad de maniobra para proponer programas y hacer campañas. En una última paradoja, destruyó la cara más luminosa de su herencia política: la libertad. Eligió a un sucesor que reestableció el orden en el país a costa de la democracia: Vladímir Putin. —

— ISABEL TURRENT

CIENCIA

ALTA TECNOLOGÍA, AHORA O NUNCA

Es un hecho. Las grandes inversiones de los próximos años irán adonde se encuentren los grupos que hagan investigación científica original, tanto básica como aplicada, y alta tecnología. Debido a la sinergia adquirida por estas dos ramas del conocimiento en el último siglo, será necesario promover la igualdad de oportunidades en el desarrollo de científicos “puros”, de investigadores interesados en las aplicaciones científicas y de tecnólogos. Los países que no cuenten con este capital intelectual tendrán que conformarse con seguir viendo los toros desde la barrera.

No se puede permanecer indolente ante las grandes carencias que profundizan el analfabetismo funcional y la incompreensión de la cultura científica y tecnológica, cuyas diferencias con el humanismo son sólo acotaciones artificiales y academicistas. Por eso el Conacyt ha iniciado una primera fase de

selección y puesta en marcha de proyectos de gran envergadura, un verdadero desafío para la comunidad de los investigadores, quienes tendrán que poner en juego toda su imaginación y pericia para mantener al país en el camino del desarrollo.

Destaca uno de esos proyectos por su potencialidad y valor estratégico. Se trata de la construcción de una fuente de luz generada por un sincrotrón, que es un tipo de acelerador de partículas. Se trata, por tanto, de un proyecto interdisciplinario que ocupará el talento de investigadores en diversas áreas del conocimiento, desde la física fundamental hasta la biomedicina y la electrónica avanzada.

Las primeras fuentes de esta clase de radiación fueron los aceleradores de partículas en forma de anillo, algunos con varios kilómetros de diámetro, construidos en la segunda mitad del siglo XX para la investigación en la física en el interior del átomo. En estos aceleradores los electrones, partículas con carga negativa, y sus antipartículas, los positrones, viajan a velocidades cercanas a la de la luz en trayectorias controladas mediante campos magnéticos que siguen la curva del anillo, lo cual produce una fuerte aceleración centrípeta que disipa la energía.

De acuerdo con las leyes de la física, al acelerar una partícula cargada, ésta emite radiación electromagnética. En 1947, mientras el físico Floyd Haber trabajaba en uno de los primeros aceleradores de electrones fabricado por la General Electric, descubrió una luz tenue que emanaba de los electrones acelerados. Floyd se encontraba viendo la máquina detrás de un bloque de concreto para protegerse de la radiación cuando advirtió la presencia de un rayo misterioso; luego colocó un espejo para verlo reflejado en una pantalla. Esa peculiar luz fue bautizada con el nombre de radiación de sincrotrón.

Pero ¿para qué puede servir, precisamente? Dado que, como se dijo, el sincrotrón es un acelerador de electrones, los cuales se mantienen en un anillo por el campo magnético y producen

rayos X en forma tangencial a su trayectoria, este efecto, que para los físicos de partículas representa un problema —la energía que están inyectando se pierde con la emisión de luz— tiene múltiples campos de aplicación en medicina, química, tecnología de materiales, magnetismo, industria y cristalografía macromolecular. Puede salvar vidas y ayudar a aliviar problemas ambientales; permite dilucidar estructuras de restos arqueológicos y las causas que provocaron, por ejemplo, la sordera de Beethoven y el posible envenenamiento de Napoleón. Muestras del cabello del compositor señalaron que una abundante concentración de plomo bien pudo ocasionarle ese mal y no la sífilis, mientras que las muestras de Bonaparte arrojaron una inusual cantidad de arsénico, aunque en este caso las pruebas no son concluyentes, dado que dicho elemento químico se adhiere fácilmente al cabello, y sin duda había mucho en la pólvora del campo de batalla, así como en los cosméticos comunes de la época.

Pero hay usos más prácticos: la detección de tumores se ha hecho mucho más precisa y menos agresiva para el paciente gracias a los artefactos que utilizan la radiación. Cinco mil aceleradores de baja energía construidos para radioterapia, investigación biomédica y producción de isótopos radiactivos operan en varias partes del mundo, pues la industria ha encontrado su uso amplio en la implantación de iones y en el tratamiento de superficies. Compararlos es caro, saber hacerlos es útil.

Los beneficios de un artefacto como éstos son tan evidentes que en Brasil y España se trabaja en ello desde hace varios años. En otros países como Estados Unidos, Francia, Alemania, el Reino Unido, Suiza, Italia, Australia, Rusia, Ucrania y Japón existen cerca de diez mil, y la gran mayoría no se emplean en la investigación de partículas elementales, sino en aplicaciones prácticas.

Otro tipo de aceleradores, llamados ciclotrones, producen cerca del veinte por ciento de los fármacos radiactivos

que se inyectan a los pacientes hoy en día. Estos aparatos aceleran protones a energías muy altas, ya que entre más pequeña es la masa por acelerar —la de un electrón, por ejemplo— mayor es la energía que necesitamos para moverla.

Estos potentes aceleradores están diseñados para funcionar de manera confiable y producir haces de alta intensidad con un mínimo de intervención humana. Un ejemplo es la tomografía por emisión de positrones, que usa isótopos radiactivos junto con un sistema de visualización basado en técnicas de detección de partículas irradiadas. Estos isótopos emiten positrones que son detectados cuando se aniquilan con electrones del medio, generando después dos fotones que vuelan en direcciones opuestas. Los isótopos se “montan” en moléculas bioquímicas que buscan su camino en el cuerpo humano hacia los sitios de interés médico. Una vez ahí, los isótopos radiactivos se transforman (decaen) y emiten positrones que producen luz, ofreciendo una imagen tridimensional del lugar. Quizá pronto sea cosa del pasado la radioterapia que usa muchas agujas de radio y rayos gamma de cobalto radiactivo.

Los aceleradores de electrones muy potentes producen rayos X para atacar tumores. Por lo general la radiación que se aplica al cuerpo para eliminar tejido tumoral daña también el tejido sano que lo rodea, pues no es capaz de evitarlo en su camino. Los protones ofrecen una solución, ya que depositan toda su energía en una zona minúscula llamada pico de Bragg, designada así en memoria del cristalógrafo Lawrence Bragg. Así, los protones pasan por el tejido sin mayores consecuencias; cuando llegan al tumor, el pico de Bragg se encarga del resto.

La energía ideal para acelerar protones es de doscientos mega electron voltios, que es suficiente para alcanzar cualquier órgano interno del cuerpo humano. Ejemplos de este tipo de máquinas se encuentran en Loma Linda, San Diego, y en el laboratorio de HIMAC, en Japón. Otros muchos están en planes de construcción.

Por fortuna, en México se planea construir una máquina similar. Próximamente habrá un coloquio organizado por El Colegio Nacional, al que asistirán autoridades internacionales de diversas disciplinas interesadas en esta importante herramienta tecnológica. Esperemos que en poco tiempo se estén palpando sus beneficios. —

— CARLOS CHIMAL

EXPLORADORES

ESTADO DE CONGELAMIENTO

1. **S**obre la nieve, la muerte del explorador es un descubrimiento por hacer. Morir en el desierto o en el mar es perderle el rastro al desaparecido; el calor, la humedad, las fauces vigilantes del tiempo consumen la evidencia. Bajo cero, el muerto nunca acaba de ausentarse. Oculto por sucesivas capas de hielo, el cuerpo espera que algún extraviado tropiece con él.

El capitán inglés Robert Falcon Scott y dos de sus compañeros —perfectamente preservados, arrebujados en sus bolsas de dormir y con la ración mortal de pastillas de opio intacta— tuvieron que esperar más de seis meses para ser descubiertos. Los tres expedicionarios, impedidos por el deterioro físico y una tormenta descomunal, cayeron a once millas de un depósito de comida y combustible que probablemente los habría salvado.

2. El explorador, esa especie casi extinta que hizo las veces de Adán donde faltaban nombres y certezas, es el anverso del pionero. Este último está siempre llegando; el primero, en cambio, por más lejos que se encuentre, no suelta el hilo que lo ata al punto de partida. Si los pioneros buscan páramos remotos donde fundar variantes de una metrópoli imaginaria, el explorador se apresura a grabar su impronta e intenta

regresar con vida. Digo que se apresura porque la exploración es una carrera de velocidad con vallas. No puede permitirse morosidades ni devaneos que amenacen la vuelta. Los osados se preparan con el mismo celo que los profesionales de la fracción de segundo; estudian y se equipan para ahuyentar la desgracia, porque al igual que en las pistas, en la geografía gana el que llega primero.

Siglos de acometidas contra los puntos negros del mapamundi fueron agotando las opciones; para principios del siglo XX, quedaba aún el Polo Sur. Extremo del extremo, la competencia era sólo por el derecho de clamar “llegué antes que nadie”. Dos expediciones entraron al Círculo Polar Antártico en 1911, con miras a recibir el año nuevo en el punto exacto donde levantar la mirada es sondear las profundidades del cosmos. A los cuarenta y tres años de edad, Robert Scott, junto con cuatro compañeros, salieron a la zaga del grupo comandado por el noruego Roald Amundsen. El 18 de enero de 1912, los cinco ingleses llegaron a lo que calcularon como el extremo austral del planeta. Amundsen los había derrotado por varias semanas. Ese día, Scott, fiel a los empeños del explorador, apunta en su diario: “*Well, we have turned our back on the goal of our ambition and must face our 800 miles of solid dragging —and goodbye to most of the daydreams.*” [“Pues bien, le hemos dado la espalda al objetivo de nuestras ambiciones y tenemos que enfrentar nuestras 800 millas de arrastre incesante —y adiós a la mayoría de nuestras ilusiones.”]



3.

El último cuaderno del capitán es, por insistente, desgarrador: en él, Scott se enfrenta a la muerte por entregas. Cada anotación supera en pesimismo a la anterior. El 17 de febrero muere el primero, un oficial de apellido Evans. Después de un accidente aparentemente inocuo, su salud se resquebraja hasta el delirio y, pasada la medianoche, expiró. Días más tarde comienza a escasear el combustible. A mitad de marzo, el líder de la expedición no puede engañarse más; a pesar de que no dejarían de moverse, su empresa se había convertido en una de pedagogía: enseñarían el modo en el que se hace frente a la muerte en la nieve. Las cartas que redacta van dirigidas a su viuda y a sus deudos; más que un testamento, el diario es el soliloquio del explorador ya fallecido.

“A trechos tiritita un sol anémico/ [...] Abajo, entre los hoyos, se arrastra un rebaño de hombres” (Octavio Paz). El rebaño son cuatro sombras que sacan de sus bolsillos las pastillas de opio; antes que perder el decoro y la compostura, para ellos estará el estoico gesto del que traga una dosis suficiente de ausencia. El segundo en morir es Oates, apodado Titus. Ambas manos vueltas ganchos inservibles, y una pierna llena de sangre congelada lo convirtieron en un bulto. La mañana del 16 de marzo, muy temprano, les dice a sus compañeros, “*I am just going outside and may be some time.*” [“Salgo aquí afuera, a lo mejor me tardo.”] De él hallaron, medio año después, sólo la bolsa de dormir.

El gesto de Titus, apellidado Oates, rebasa la gallarda estampa de quien se sacrifica por el bienestar ajeno; señala el camino hacia la soledad del que sabe que lo único que queda por encontrar es una muerte inconclusa. Insisto, la desaparición del explorador no es tal cuando la temporada de nieve es todo el año. El personaje se esconde, oculta el cuerpo. No se extravía, se separa. Y así, al trazar una ruta nueva por el terreno explorado, insufla vida a una profesión que desaparece por falta de espacio.

4.

Innumerables son los que ahora pierden la orientación y quedan varados entre la extrañeza de los espacios ya conocidos. Postales, guías turísticas, fotografía profesional e imágenes satelitales inducen los ojos al engaño: salir a *la naturaleza* es un fenómeno de *déjà vu*. Los exploradores hicieron su trabajo, las tropas de pioneros el suyo: no hay paisaje sin retrato, ni ecosistema sin inquilinos. Tanta confianza en los atlas de carreteras —“el GPS no miente”— obliga a los actuales visitantes a buscar en el entorno las etiquetas y las coordenadas en tinta azul de las páginas impresas. La tragedia se agazapa en las discrepancias entre la página y el mundo, en la mala lectura.

Los paisajes nevados son un laberinto sin paredes. Las ráfagas heladas hacen las veces de recodos ciegos y muros insalvables. Sin hilo de Ariadna ni mendrugos de pan, cada paso es una inscripción en el relato aún no decidido: la salvación narrada en un yo fatigado, o el pesaroso recuento de la tercera persona. Ni exploradores ni pioneros, estos visitantes esperan la salvación detrás de la siguiente loma, al final del arroyo. No cesan de añorar el rescate. No buscan

la muerte aplazada porque su desgracia sí es un accidente y un extravío. El que sobrevive es un aferrado, y como tal se le celebra.

5.

El diario del explorador encierra, como dijera García Ponce acerca de la novela, “la voz de lo imposible”. Más allá del círculo polar, las manos luchan tanto por arrastrar el trineo como por registrar los detalles de un mundo apenas conocido.

Robert Scott sabía cuántas millas los separaban del depósito que les daría un respiro. Un par de noches antes de su último registro, toma la decisión de que uno de los tres se lance en solitario por comida y combustible. En la mañana lo sorprende una tormenta que no cesará hasta el final del diario; la nieve, de a poco, los cubre y los sepulta. Lo único que queda por hacer es escribir la canción que arrulla al cuerpo helado.

Antes de abandonar por completo el cuaderno, el 29 de marzo de 1912, el capitán Scott escribe: “*It seems a pity but I do not think I can write more.*” [“Es una pena pero no creo que vaya a escribir más.”] —

— PABLO DUARTE

